

Enrique Anzaldúa

Jorge C. Morquecho

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco



Artista visual, músico, poeta, profesor de arte, amigo excéntrico, ciudadano insurrecto, ha transitado de lo análogo a lo digital, del rancho a la ciudad, de la ciudad a San Cristóbal, de la UAM al Politécnico de Valencia, de lo bello a lo sublime pasando por lo terrorífico y “Lo ominoso como aquella variedad de lo sombrío que se remonta a lo consabido de lo antiguo, a lo familiar desde hace largo tiempo” (Freud), su agitada vida ha dado sus frutos en las artes, como “un camino que lleva a las regiones en las que no rige el tiempo ni el espacio” (M Duchamp). “diseña la posibilidad de que algo de ese infinito, sea dignificado en una praxis ante la vida, ante la muerte, ante el dolor..., ante el dolor incurable de la existencia que incluye la vida y la muerte” (Elí Morales).

Anzaldúa transita dentro de las regiones del arte contemporáneo en donde la imagen sigue diciendo más que mil palabras, arte análogo o digital lugar donde la figura sigue teniendo el lugar preponderante y protagónico, no son actos o expresiones, que en muchas ocasiones hay que explicar con mil palabras, la obra de Anzaldúa son “imágenes que queman, que arden en llamas y nos consumen” (Didi Huberman), llenas de erotismo desbordante, mujeres exuberantes, de formas profusas y narrativa generosa, crítica conveniente, fecunda producción.

Preocupado por la ciudad, sus habitantes, la manera de vivirla, construirla y como nos apropiarnos de ella, crea imágenes que nos cuestionan y nos hacen reflexionar quienes somos, que queremos y a donde vamos, intertextos que edifican un compromiso, una verdad surrealistas, “imagen que asegura al texto el estatuto, no de una reproducción, sino de una productividad” (Roland Barthes), que nos recuerdan también al artista visual y arquitecto alemán F. Hundertwasser y sus “manifiestos contruidos de una arquitectura para el ser humano” (Hilda Landrove). Para Hundertwasser, la miseria humana es el resultado de una arquitectura monótona, es-

téril y repetitiva, las serigrafías de Hundertwasser también dan cuenta de esto, gráficas colmadas de bucles coloridos que son evidencia de la posibilidad de un habitar en donde personas, arquitectura y naturaleza conviven como un trinomio virtual de armonía y concordia en espacios proclives a la creatividad. Así también Anzaldúa es creador de espacios voluptuosos, sueños apasionados de una ciudad que como una cinta de moevius, nos posibilita la esperanza de cobijarnos en bellos lugares propicios para el amor y hacernos cargo de nuestros deseos, “habitar como poetas” (Erik Porge), acto de resistencia, fragmentos de experiencias, la ciudad como “objeto dignificado al nivel de la Cosa” (Lacan), estaríamos hablando de habitar, construir, en el arte, en la poesía, en el Ser morando en Sí, como un proceso sublimatorio permanente e irreductible de habitar, de construir en poesía. “Es la poesía lo que, en primer lugar, hace de la habitación (morada) una habitación (morada), la poesía es el verdadero “hacer habitar” (Erik Porge), la paradoja es que también es una ciudad inhumana, sádica, monstruosa, destruida, narcisista y sin futuro; aunque la ciudad, el barrio a fin de cuentas no está afuera, no es otra cosa, no nos es ajena, la ciudad está dentro de nosotros, somos nosotros mismos,

“ese Otro prehistórico siempre presente inalcanzable pero imposible de olvidar”. (Freud) “No hay que ser una habitación para estar embrujada, el cerebro tiene pasillos más grandes que los pasillos materiales, nosotros tras nosotros mismos escondidos, es lo que nos produce horror. Sería menos terrible un asesino en nuestra habitación” (Emily Dickinson). “En la soledad de la noche tengo terror de encontrarme conmigo mismo” (Jorge Morquecho). Anzaldúa da cuenta de algunas de las organizaciones psíquicas que se proponen en relación con el habitar como son: “esos lugares que crean las estructuras para que el sujeto trate de alojar en ellas un goce desbordante” (Porge) “Las plazas públicas en la agorafobia, el laberinto o los cagaderos para el obsesivo, las bambalinas o el escenario del teatro en la histeria, el altar, el reducto escondido para los perversos, las partes comunes, la calle en la psicosis” (E. Porge), laberintos y rizos tornasoles representantes de nuestras angustias y nuestros deseos, la imagen como mentira (Jean-Luc Nancy) y la verdad como imagen (Tradición Platónica).

Anzaldúa es un artista preocupado por el Ser, acto de resistencia, que no se conforma, no toma forma de este tiempo, lo enfrenta, estruja, lo sacude para sacar de él un rayo de esperanza.